

Manfred Kerkhoff

LA OCASION DE ESCRIBIR¹

El título de mi ponencia se refiere originalmente a una serie de cartas que le estoy escribiendo, desde que empezó su enfermedad, al amigo José Echeverría, para así acompañarlo, a mi manera, en su sufrimiento. Empecé, en julio y agosto de este año, con siete cartas sobre la escritura (de cartas) de Epicuro; y actualmente trabajo en otro ciclo de cartas sobre una carta-clave que Descartes le escribió en enero de 1646 a la princesa Elisabeth y cuyo tema es "La ocasión pre(e)scrita", es decir: la concepción pre-ocasionalista de la ocasión que Descartes despliega en dicha carta.

Entre tanto resulta que, debido a su extensión, esa temática no puede tratarse debidamente en el espacio reducido de tiempo del que dispongo hoy; y mientras espero que en otra ocasión más oportuna pueda presentar dicho ensayo-carta - quizás en enero de 1997 en Chile -, creo que es más pertinente presentarles en esta ocasión - y bajo el mismo título - una breve apreciación de lo que nuestro colega homenajeado ha escrito sobre Descartes.

Esta vez, entonces, el título de mi ponencia se refiere a la ocasión (perdida) que José Echeverría le ofreció al espíritu de Descartes para escribir una *Séptima Meditación* en la que en cierto sentido se retractaría de lo escrito en las seis *Meditaciones* anteriores. Pero, se preguntarán, ¿quién es José Echeverría para atreverse a 'ocasionar' tal post-escritura? Veamos...

Seguramente se acordarán que ese escritor-filósofo que es 'Don Pepe', publicó en Barcelona, hace diez años exactamente, un libro muy exitoso con el título **Libro de Convocaciones (I): Cervantes, Dostoyevski, Nietzsche, A. Machado**; también sabrán - pues donde hay un (I) debe inferirse que habrá un (II) - que hace cinco años ya, su autor está tratando de publicar la continuación de sus *Convocaciones* bajo el título **Tres ensayos dramáticos para un acceso crítico a la filosofía: Platón, Epicuro, Descartes**. Pues bien, del último de dichos

¹ Ponencia leída en el foro **Homenaje a Descartes y Leibniz**, dedicado a José Echeverría Yañez, auspiciado por la Sociedad Puertorriqueña de Filosofía, el 27 de septiembre de 1996, en el Recinto de Ciencias Médicas de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

St. M. n
Sib
Comerfir
Man

ensayos dramáticos se tratará en el día de hoy² (pues de los dos precedentes ya hice una larga reseña que aparecerá pronto en *Diálogos*, en el número oportunamente dedicado a nuestro autor homenajeado).

Como ya lo hizo muy ingeniosamente en el caso de Platón y Epicuro, también en el caso del autor de las *Meditaciones*, José Echeverría inventa una escena en la que el 'maestro' en cuestión tiene que revisar sus doctrinas, contestando a preguntas que, desde la perspectiva de la posteridad, él mismo debería haberse planteado. Esta forma dialógica-dramática de discusión ha nacido de la experiencia docente - especialmente del curso de *Introducción a la Filosofía* - que, durante los años, le enseñó al profesor Echeverría que las dudas legítimas de sus estudiantes podrían mejor reformularse en este género de discurso filosófico, en lugar de la enseñanza 'monológica' que descarta el elemento lúdico de diversión que es tan atractivo, no sólo a un principiante, sino también a un lector ya 'iniciado'.

En el caso de Platón, Don Pepe simplemente prolonga el *Fedón* para darle a un interlocutor desconocido la oportunidad de cuestionar todo el procedimiento de demostración usado por Sócrates en las famosas pruebas de la inmortalidad del alma que llenan este diálogo; en el caso de Epicuro, es el discípulo Meneceo quien le hará al maestro, durante un paseo fuera de los muros de Atenas, las preguntas debidas respecto de ciertas dificultades que encontró en la famosa *Carta* dirigida a él (preguntas que el autor de ese pseudo-diálogo ha abordado también en unos artículos más eruditos). No sorprenderá a los lectores 'iniciados' que, bien clandestinamente, el inventor de estas 'prolongaciones' sepa introducir en ellas argumentaciones que conocemos de otras publicaciones de Don Pepe (*Ser y Estar*, por ejemplo; o las diferentes variantes de la formulación aún interminada del llamado *Empirismo Trascendental*)

Si ya en estos dos casos, la empatía estilística y doctrinal de Don Pepe es muy admirable, en el caso de Descartes, la invención congenial de resortes de todo tipo llega a su culminación: aquí se le ocurrió a nuestro escritor que debería ser el mismo Genio Maligno 'ingeniado' por Descartes el que le apareciera tres veces - a medianoche, naturalmente - durante el año de 1649, para tratar de derrumbar el edificio tan magnífico que su inventor creía haber erigido en las *Meditaciones*. La

² Citado de ahora en adelante como ms.

forma en la que se desarrollan estas apariciones y desapariciones, el mismo carácter fantasmal de las discusiones en Egmont / Holanda, le hará a Descartes finalmente dudar de si no se ha tratado de meros sueños; sueños que, como los tres famosos sueños *olímpicos* de su juventud, quizás merezcan más crédito de que el racionalista estricto esté dispuesto a concederles (ms. pp.226ss.); de todos modos, el final - un verdadero *coup de théâtre* - evocará esa *ocasión perdida de escribir* que mienta el título de esta ponencia mía: Descartes, habiéndose ya sentado a escribir la *Séptima Meditación*, "no pudo seguir. Dejó caer la pluma." (ms. p. 230)

Esos tres diálogos medio diabólicos - me refiero al conjunto titulado *Diálogos con el Maligno. Divertimiento filosófico* - se subdividen, por consiguiente, en tres *Jornadas* (y la última de esas, a su vez, en tres *actos*) de discusión acérrima. Pero estos diálogos - que ya de por sí tienen la misma extensión que los de (Seudo)Platón y (Seudo)Epicuro juntos - son luego seguidos por una especie de apéndice, el hallazgo de la llamada *Meditación del Séptimo Día* que consiste de una colección ficticia de *aporismos, notas y comentarios* que, formando el posible material para una imaginaria *Meditación Séptima* - mediante la cual Descartes habría intentado de corregirse a sí mismo - recogen, de hecho, unas posiciones postcartesianas. Dicha colección en forma de *pastiche* está, a su vez, subdividida en tres apartados que tratan, además de los problemas propiamente cartesianos como la existencia del Yo y de Dios, el tema más bien epicureo - o, mejor: la doctrina de un Lucrecio transmitido a (Seudo)Descartes por Montaigne - del morir y de la muerte. Esa inclusión inortodoxa del tema fatídico se justifica, sin embargo, porque el soñolento final de los *Diálogos* que le preceden sugiere que quizás la muerte signifique el despertar del sueño (un rudo despertar del *sueño dogmático* cartesiano), el reconocimiento 'claro y distinto' - durante una vigilia sin fin - de que el alma es más mortal que el cuerpo y que, por eso, la *última hora* es la *hora de la verdad*: en ella - según nos ha querido hacer creer José Echeverría - recuerdo mi tiempo vivido entero y lo juzgo en retrospectiva (¿y si este juicio anamnóstico, junto al muro-espejo que para Don Pepe metafóricamente evoca la muerte, no fuera sino otro sueño más?; pero no hagamos preguntas tan inoportunas). Sea como sea, el *dejar caer la pluma* significa una especie de muerte aparente - quizás un presagio de lo que un año más tarde ocurrirá en la Corte de Cristina de Suecia - porque nuestro *convocador* hace a Descartes volver "sobre todo

lo que antes había escrito” , y más aún: sobre todo lo que había estudiado en su juventud; y es a esta recolección de un Descartes visiblemente aturdido que le sigue lo único aún escrito antes de dejar caer la pluma, a saber “en lo alto de una página en blanco, ese título a la vez prometedor y condenante de **MEDITACION SEPTIMA**” (ms. p.230).

Esta , entonces, no la tenemos; sólo apuntes, materiales *para* ella; pero si tenemos los tres diálogos nocturnos que deberían haberla provocado, su *ocasión* previa, mejor: pre-escrita. Extraños diálogos estos, - porque se desarrollan en un tiempo cero: su inventor / convocador indica que al final de la aparición del Genio Maligno es todavía la misma hora que al principio: medianoche en punto; como si todo se hubiese dicho a la vez; o, quien sabe, nunca....

“Mundus est fabula” - esa consigna poetológica aparece inscrita en una página del libro que Descartes tiene en sus manos en el retrato que J. B. Weenix pintó en 1647 del autor quien, entre otros 'mitos', creó - mejor: re-creó, en imitación del ingenio del gran Creador por excelencia - el re-cuento (y de *cuento* , o *fábula* , se trata) de la estructura del mundo que diseñó en *Le Monde* de 1633. En lo que sigue creo que es más pertinente fijarnos en estos rasgos *fabulosos e ingeniosos* de la mente del inventor del Genio Maligno, en vez de en la magistral argumentación propiamente racionalista; pues por más exitosamente que también José Echeverría haya logrado reconstruir, dentro de su propia invención de los tres *Diálogos con el Maligno* , la dialéctica de los grandes temas debatidos a partir de las *Meditaciones* , es preferible fijarnos en ese lado poéticamente re-creador de Don Pepe; pues los principales argumentos en pro y en contra de ciertas tesis cartesianas recogen, en la versión de los *Diálogos* de Don Pepe, las objeciones y refutaciones (de ellas) que de hecho han sido formuladas por Gassendi y, sobre todo, Hobbes contra las *Meditaciones cartesianas*.

En ese espíritu, ¿qué llama la atención en la *Primera Jornada* ? No tanto que el *ego* inherente en el *cogito* sea el resultado de un prejuicio sustancialista y, por eso, algo digno de eliminarse en favor de una fórmula más anónima (*se* piensa, luego *se* es); no tanto que la duda sobre las cosas en el mundo dejó existiendo el mundo mismo, es decir: el espacio-tiempo que las contiene; sino naturalmente, la manera cómo, es decir: las razones de por qué Descartes inventó esa ficción llamada *Genio*

Maligno ; al respecto citamos como ejemplo el siguiente pasaje en el cual el genio ingeniado por Descartes traza su propio origen, sugiriendo hasta la posibilidad de que quizás Descartes sea una ficción de él (ms. p. 119):

“Creyó usted haber inventado una ficción, un mero instrumento detector de evidencias de que usted dispondría para los fines de seguir en el trayecto que desde el comienzo se había trazado, rematando en la posibilidad de esta ciencia física necesariamente válida que tanto le interesa y obsede. Quiso disponer de un muñeco metológico que usted manejaría a voluntad. Mas acaso llegue el momento en que las burlas se tronan veras. Ese genio astuto y maligno tal vez no sea una mera ficción de Su espíritu, tal vez no sea una invención suya. Tal vez, señor filósofo, esté aquí, ante usted, respetuoso, para servirle si usted se lo permite...”

Ese es un punto que dar que pensar de veras; y si luego ese *constructo* le reprocha a su inventor que lo haya pintado como un genio demasiado benigno, y que ahora sea la hora de dudar en serio, es decir: menos confusa- y más malignamente, con un tipo de duda que no sea ya una mera imperfección, - tales *prolongaciones* medio demoníacas están en la línea de la misma creatividad citada; y siguiendo en este estilo podríamos llegar a la situación absurda en la que, debido a la tesis de la creación continuada, ese genio con-fabuloso, lo mismo que el yo que piensa (- y lo piensa, precisamente, a él -), debe ser re-creado por Dios en cada instante (porque existo sólo mientras pienso que soy, sólo en esta *ocasión* que ‘ocasiona’, desde mi pensar ‘yo’, mi ser ‘yo’). Para no hablar de lo diabólico (literalmente: *confundente*) de esa concepción de un tiempo instantaneo (¿caricatura del *nunc stans* divino?), de ese “*staccato* de instantes” que, como advertirá el Maligno posteriormente, contradice la experiencia del tiempo vivido como fluencia (“Debí explicarlo mejor”, concede Descartes; ms. p. 159)....

Dentro de tales perspectivas, ¿a quien sorprenderá que al final de la *Primera Jornada* , ante el espectro de la nada que amenaza al *cogito* (y junto a él, el mundo pensado por él), el Maligno sugiera, “con voz de falsete”, que “eliminado el mundo, ¡queda el Inmundo!”? (ms. p. 137). Esto es más que una broma etimológica

(*mundus=purus*), porque más adelante se preguntará con razón: ¿Y ese Dios tan puro, tan perfecto, rodeado como está de la nada (de la que tiene que sacar a sus criaturas tan imperfectas en cada instante), ¿podrá realmente llamarse *infinito* aún? (*ms.* p. 166). Respecto de esas parejas de conceptos (perfecto-imperfecto; finito-infinito), Descartes cree poder sostener, durante la *Segunda Jornada*, que “las ideas se dan necesariamente en opuestos contradictorios” (*ms.* p. 144). Contra ese tipo de afirmación contundente (nunca expuesta a la duda metódica; lo mismo se afirmaba de la validez indubitable del principio de causalidad), el Maligno observa (*ibidem*; y lo cito como ejemplo para que se vea que José Echeverría no lo ha dotado únicamente de cualidades maliciosas):

“Me parece que ya aquí, al afirmar usted que las ideas se dan en pares de contradictorios, está usted invocando una de estas naturalezas simples que usted me atribuyó por misión, en el plan de su trayecto, impugnar. No es la primera vez, ni será la última al parecer, que usted recurre al estratagema de echar mano de algo que usted previamente había excluido con severo interdicto.”

La insinuación es aquí, a mi entender, que Descartes se ha dejado ‘contaminar’ por una manera de pensar (“estratagema”) que atribuiría a su propio engendro; las implicaciones de la fábula están amenazando con destruir las intenciones con las cuales, para empezar, se había recurrido al “muñeco metodológico”.

No es de admirarse, entonces, que a la larga Descartes se vea a sí mismo cediendo terreno; de hecho, llegada la *Tercera Jornada*, ya el Maligno se siente bien cómodo, pues después de haber hecho su entrada por la chimenea interpela al filósofo (*ms.* p.164):

“Creías que no me volverías a ver, ¿verdad, filósofo? Pero el diablo es tenaz y no he terminado aún contigo. Además, a fuerza de pensar en las especulaciones y diversiones de tu mente, y de hacerte las objeciones que ellas se merecen, a fuerza de visitarte y de departir y debatir contigo, he

terminado, te lo confieso, por tomarte cariño, una cierta simpatía...no lo sé; en fin, que me da alegría estar aquí una vez más y de disfrutar de tu benévola acogida. ¿No sientes tú también alguna alegría de verme?”

Y al guardar silencio Descartes, el Maligno prosigue (y nos lleva al tema por excelencia de Don Pepe):

Sí, comprendo: disgusta a tu vanidad el que yo te coja tus serios argumentos uno a uno y con tanta facilidad, con dos o tres oraciones de sentido común, con sólo exigirte coherencia, te los refute en tus narices. Bueno, más vale que sea en tus propias narices y no a tus espaldas o después que mueras. Cuando hayas muerto, otros asumirán mi papel: de esto puedes estar seguro.”

Descartes y la muerte: - un tema sobre el cual no hay mucha evidencia en el Corpus cartesiano; por eso, José Echeverría lo hace confesar al Maligno que debería haber dedicado un poco más de tiempo (o espacio) a poner en duda también la inmortalidad de su alma.

Creo que ha sido esta laguna la que motivó a nuestro tanatólogo insertar en los papeles que forman el *pastiche* mencionado una sección breve sobre ese tema (ms. pp. 261-271). Se titula: “Para mí mismo la muerte no es; el morir, en cambio, sí es.”, y Descartes extiende ahí su fórmula ‘pienso, luego soy’ a su interlocución vitalicia con Dios, llegando así a la indubitabilidad del “Yo soy con Dios” que figura “como la condición de la posibilidad de ese tiempo mundano en el que se daría, según sus certezas específicas, mi nacimiento y mi muerte” (ms. p. 262). Con referencia directa a Epicuro, Descartes establece luego que a lo que en el nivel ontológico de lo mundano se llama la muerte, le corresponde en el nivel del “Yo soy con Dios” el morir, concebido este como un acto dador de sentido (el punto que termina la frase de nuestro hablar con Dios), como el acto cumplidor de la vida. Ese morir, “como pauta ética de nuestra existencia” (ms. p. 268), implica también una culminación de la beatitud, como lo formula el séptimo párrafo de esta sección final (ms. p. 267):

“He recordado no hace mucho aquella de las Disputaciones de Suarez sobre

la cual hube de discurrir cuando era colegial de la Flecha que trata de la eternidad de Dios, definiéndola como “duratio plena et perfecta, quae nullam successionem admittitur”. Y desembarzándome de muchas sutilezas por las que distingue allí el Doctor Eximio entre una duración sucesiva y otra permanente, y en las que a mi parecer se enreda, me dije: si la eternidad de Dios es la duración toda junta y, por ende, la reunión de todos los tiempos, que excluye la diferencia entre el pretérito y futuro, la posesión y aprobación en el morir del tiempo y el más alto grado de comunicación con El y, por tanto, de alegría y de bienaventuranza al que, pese a mi flaqueza y miseria, yo puedo aspirar.”

Los que conocemos los trabajos de José Echeverría sabemos que ese Dios cartesiano sobrevive en su pensamiento como el hipotético Sujeto Epistemológico Omnisciente (el SEO) que el Maligno, de hecho, le anuncia a Descartes (*ms.* pp. 211s.) como el futuro heredero del perecedero “Dios de tus creencias religiosas”, ese observador del universo que sería el equivalente, en el espíritu de las ciencias nuevas, de lo que antes era el Dios de los teólogos (pues el Dios, o mejor: “el pseudo dios de los filósofos y sabios” cuya existencia Descartes trató de probar en vano, no era nunca nada más que una *cosa pensada*).

José Echeverría no sería quien es, si no hubiera terminado el *pastiche* con la propuesta de una *apuesta*; quisiera, entonces, por mi parte terminar esta ponencia citando el último párrafo de la última sección del texto (*ms.* pp. 270s):

“Si no te he persuadido, lector reacio a mis razones, apuesta, como apuesto yo también en favor del vivir con Dios y como signo de Dios para los demás, en favor de un morir pleno posible, en favor de la gloria eterna alcanzable; si pierdes, esto es, si ni tú ni yo hemos dado con la verdad, porque Dios no es, porque todo morir es muerte y no nos espera gloria ni eternidad, ganarás, al menos, el haber conferido a tu vida un sentido, una poesía, un relieve y una exaltación, que, de otro modo, le faltarían. Al apostar en favor, como te lo pido, perderás, tal vez, las ilusiones vanas en que te complaces, o bien el relativismo nihilista, el escepticismo triste, la insignificancia y la miseria: bien mirado, *nada*. Esta nada es lo que ganarías si apostaras en contra.”